

Las vueltas del odio : Gestos, escrituras, políticas / Ana Kiffer ; Gabriel Giorgi. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Eterna Cadencia, 2020.
136 p. : 22 x 14 cm.
ISBN 978-987-712-189-6
1. Ensayo Político. 2. Feminismo. I. Giorgi, Gabriel II. Título CDD 305.42

ÍNDICE

Introducción	9
Arqueología del odio. Escrituras públicas y guerras de subjetividad <i>por Gabriel Giorgi</i>	17
“Crispación”: una redistribución de afectos colectivos	21
Materiales	28
Transcribir, archivar: una política de las enunciaciones	36
Ruido público	43
Guerras de subjetividad	46
Una fundación en disputa: los derechos humanos	52
Escrituras performativas	56
Pedagogías de lo público: las palabras y los cuerpos	62
Hacer público	69
Literatura y derrame	74
Bibliografía	81

Las fotografías del interior se reproducen por gentileza de Giselle Beiguelman, Gerardo Jorge, Roberto Jacoby, Syd Kraochmahy y Mariano Lopez Soane.

© 2020, Gabriel Giorgi

© 2020, Ana Kiffer

© 2020, ETERNA CADENCIA S.R.L.

© 2020, Mario Cámara, de la traducción de

“El odio y el desafío de la Relación”, de Ana Kiffer

Primera edición: julio de 2020

Publicado por ETERNA CADENCIA EDITORA

Honduras 5582 (C1414BND) Buenos Aires

editorial@eternacadencia.com

www.eternacadencia.com

ISBN 978-987-712-189-6

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina / *Printed in Argentina*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea mecánico o electrónico, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright.

desde las transiciones postdictatoriales buscan ser desfondadas a partir de un nuevo permiso compartible ("viral") de unas escrituras anónimas circuladas en torno a grandes medios de difusión y redes sociales. Ahí se lee la emergencia de las enunciaciones y subjetividades que buscan sacarse de encima la interpelación ética de los derechos humanos, adaptarse a las exigencias de una desigualdad social que se percibe como definitiva, y que moviliza marcadores biopolíticos y afectivos como los símbolos para las "guerras de subjetividad" que modelan lo social.

Subrayo: el odio aquí emerge como *desafío del pacto democrático heredado y como imaginación de una democracia por segregación*, y empieza a articularse en estas escrituras ínfimas, plebeyas, asintácticas, ilterradas (en contraste evidente con la tradición "letrada" latinoamericana, aunque se la invoque como memoria civilizatoria), en estas voces exasperadas y anónimas. El odio escrito, entonces, trastoca los pactos de lo decible, y al hacerlo transforma el terreno mismo de lo público democrático: relanza a la vez los modos del decir y los modos de lo público.

ESCRITURAS PERFORMÁTICAS

El odio político es, fundamentalmente, *circulación*. Se mueve y se adhiere, como dice Sara Ahmed, entre superficies;³³ busca demarcar un colectivo a partir de un odio común. No siempre lo puede hacer, pero su impulso es el de operar como contagio. Tendemos a pensar el odio como un afecto individual, privado, a veces incluso secreto: nada más alejado de sus efectuaciones contemporáneas. El odio es aquí compartible, se quiere capaz de producir lazos en su repudio de unx "otrx", y de lo que ese

³³ Sara Ahmed, *The Cultural Politics of Emotion*, Londres, Routledge, 2004.

cuerpo representa o encarna. El odio quiere hacer mundo colectivo, que puede durar un instante, pero eso no importa: quiere trazar las coordenadas de un común a partir de la segregación de unx "otrx" siempre demasiado próximo. Su lema fundamental podría ser: *que ese o esa (o eso, porque el odio deshumaniza) desaparezca de mi vista*, para fundar sobre esa desaparición un territorio común. Ahora bien: esta naturaleza contagiosa del odio ilumina dimensiones decisivas de las escrituras que convoca. La pregunta por la escritura que surge en estos materiales, estas escrituras que se imantan en torno al odio, es clave no solamente porque sea un "medio" de expresión de ese "ugly affect", con toda la larga historia de odio escrito y ahora relanzada en clave electrónica. El odio echa luz también sobre la reconfiguración de la naturaleza política de la escritura. Hay algo central de la escritura (no de la escritura electrónica, o de las redes sociales: de la escritura *en general*) que, quiero sugerir, se activa en estos enunciados del odio. Dos puntos principales en torno a esto.

En primer lugar, esta circulación y contagio del odio pasa por una intensidad afectiva muy alta (Butler habla de "excitable speech", esta capacidad de irritación, de estímulo directo del enunciado de odio). Esta intensidad, en el caso de la escritura electrónica, se potencia dada la naturaleza *eléctrica* de la escritura: el odio que es *corriente* afectiva, un afecto *háptico* que recorre la red, que pasa por conexiones e imágenes transmitidas electrónicamente y que va directo al cuerpo. Las figuras del odio aquí están hechas de retransmisiones "viralizadas", que pasan por los clicks, por "posteos", por los foros y sus "cadenas", todo ese universo *táctil* o *háptico* que es el de la escritura electrónica. Odio "en cadena" de transmisión: produce subjetivaciones e imaginarios de comunidad porque es un afecto transmitido; "viralizado", que opera por vías eléctricas: toca, circula, postea, reproduce. Y que es fundamentalmente manual y táctil: clickear, pegar, postear, en un lenguaje en el que las palabras se dejan *divisar hacia lo*

que aquí resulta absolutamente fundamental: el gesto, es decir, el *H-mime con el cuerpo*. La escritura electrónica es una escritura de gestos, que pasa por las manos (👉 👈 👉 👈) y por los rostros (😄 😊 😋 😌 😍 😎 😏 😐 😑 😒 😓 😔 😕 😖 😗 😘 😙 😚 😛 😜 😝 😞 😟 😠 😡 😢 😣 😤 😥 😦 😧 😨 😩 😪 😫 😬 😭 😮 😯 😰 😱 😲 😳 😴 😵 😶 😷 😸 😹 😺 😻 😼 😽 😾 😿 😺 😻 😼 😽 😾 😿): un teatro minúsculo y proliferante de los cuerpos en la escritura. Este umbral del gesto, analizado por Ana Kiffer como umbral de emergencia de nuevas subjetividades, aquí se enlaza al terreno de la escritura e ilumina una nueva contigüidad entre cuerpos, afectos y sentidos. El gesto a la vez como inscripción y como escritura performática, desde donde se desplazan los modelos unificadores de discursos colectivos que matizan la discursividad política clásica.

A esto se suma, evidentemente, el anonimato: son lenguajes y afectos colectivizados sin rostro (sin poner la cara, como cuando hablamos) y sin poner la firma, o alguna forma de responsabilidad autorral. El medio electrónico potencia el anonimato a escalas insospechables una década atrás, y desde ahí se realiza en esa figura del no-rostro y de la no-firma, ese *no-autor* que es el comentarista online y, luego, el troll y que, paradójicamente, pasa por y toca los cuerpos. Ese enmascaramiento que es propio de estas escenas de escritura electrónica, *na directo al cuerpo*: no pasa por el “yo”, por el sujeto como figura pública, sino por esa figura anónima, esa figura del *cualquiera*, que permite el enunciado de odio.³⁴ *Un circuito impersonal y colectivo*: del anonimato al cuerpo. Ese es el circuito del odio.

Esa contigüidad entre lenguaje y gesto, o entre escritura y gesto, se escenifica en *Odiolândia* en una andanada contra Marielle Franco, justificando su ejecución por ser defensora

³⁴ Paola Cortés Rocca lee esta figura del “cualquiera” en materiales contemporáneos, incluyendo los *Diarios del odio*, en “La basura de la lengua”, presentación en el Congreso Latin American Studies Association (LASA) sección Cono Sur, Buenos Aires, julio de 2019.

del aborto legal y parte de una banda de “bandidos”. Allí se arma una continuidad entre palabras, rostros y revólvres:

uv uaprua. mruue uv puvuvuv, v mmpuue uv puuv 🗡️
Todos os políticos são bandidos, e bandido bom é bandido morto! 🗡️🗡️🗡️🗡️🗡️🗡️🗡️🗡️
A única coisa que os esquerdistas querem é dimi-

El emoji ha sido pensado como un producto nítido del “capitalismo afectivo”, donde un modelado de las emociones busca normalizar los flujos estandarizando la inscripción del afecto en el enunciado.³⁵ Lo interesante aquí es que ese *affektive labor* se con- juega hacia la guerra, en esa secuencia —de sinaxis bastante clara, donde incluso hay lugar para e/la enunciadora (y quizá enunciarario/a)— en la que el emoji reactualiza la fantasía de exterminio o de limpieza social: “Bandido bueno es bandido muerto”. El emoji aquí da permiso para la risa, para cierto pacto que levanta cualquier barrera ética ante la muerte: una muerte deseada e insignificante. Esa modulación viene como gesto que modula los enunciados y se ubica, creo, en ese umbral liminal, ambivalente, fluido *entre palabra y cuerpo* que es donde pensamos los afectos y que en la escritura electrónica adquiere una visibilidad gráfica y una centralidad nueva. El emoji indica, ostensivamente (como una especie de delictivo), ese espacio “entre”. Si toda escritura es canal de afecto, la escritura electrónica en su encuentro con el odio hace de ese tráfico una función principal: la escritura como canal de estímulo corporal, de fricción con el límite del cuerpo. La clave de sentido, dicho de otro modo, pasa por esta

³⁵ Luke Stark y Kale Crawford, “The Conservatism of Emojis: Work, Affect and Communication”, *Social Media + Society*, julio-diciembre de 2015, pp. 1-11.

nueva centralidad del espacio y la conexión entre escritura y cuerpo (es una escritura inseparable de su fuerza de irritación corporal). Esto encuentra su punto de dramaturización histórica. Dado que esta centralidad del afecto y de la conexión escritural/cuerpo adquiere nueva pregnancia cuando pensamos en la significancia que alcanzó en la campaña de Bolsonaro el gesto del revolver o la metralleta como símbolo de la afiliación a este candidato: la performance del gesto activa un modo de funcionamiento del lenguaje en el que la palabra necesita de modos esenciales al gesto, *como si ese amudamiento entre palabra y gesto fuese el canal para una política que hace del afecto su principal contenido*. Bolsonaro ganó una campaña electoral hablando lo menos posible y reiterando, de manera tautológica, este gesto. Esa contigüidad entre palabras, imágenes y gestos es, creo, nueva, y le imprime no solo una tonalidad sino un “campo de resonancia” a la escritura que necesitamos repensar, porque ahí se juega la intensidad afectiva que parece ser distintiva de estos circuitos electrónicos de lo escrito y de su capacidad para remodelar lo público.

En segundo lugar, las instalaciones trabajan con la *dimensión performática* de la escritura electrónica, especialmente su desestabilización de la distinción entre lo oral y lo escrito. Qué se dice oralmente, qué de lo oral (y cómo) pasa a la escritura, cuáles son los registros de lo oral y de lo escrito, y las jerarquías y universos culturales que se juegan en esa distinción: la escritura electrónica es un dispositivo desclasificador formidable de esas distinciones y de los ordenamientos que se juegan allí. Lo que antes pertenecía al reino de lo hablado, lo susurrado, el murmullo colectivo, lo que se dice y se repite en la oralidad y circula “de boca en boca” se reformula, con el surgimiento de los foros online, como registro de escritura, que se archiva, deja huella “objetiva” y circula bajo la figura de lo viral y la cadena de mensajes. Lo oral se vuelve huella reproducible: el estilo indirecto libre, que es propio de todo

agenciamiento colectivo de enunciación, se vuelve huella “objetiva”, rastreable: el murmullo anónimo verifica la memoria de su circulación, de repetición y eventual viralización. *La reproducibilidad se vuelve archivo y acumulación*. Es una escritura rastreable en sus itinerarios y circuitos. En esa acumulación, como decíamos al principio, un agenciamiento colectivo de enunciación encuentra su dispositivo tecnológico o, al revés, una tecnología se articula en la immanencia de un agenciamiento en proceso de formación. En todo caso, una cierta co-formación entre una tecnología de escritura y un lugar de enunciación exhibe una novedad histórica: la de archivar el rumor, la de hacer de la variación propia de la circulación de la palabra un volumen “objetivo” que deja huella. *El rumor se vuelve escritura viral*: ahí se constituye una nueva forma de lo colectivo.

Ese pasaje de lo oral a lo escrito es fundamental por un motivo muy específico: allí se conjuga un *permiso* para decir lo interdicho, para escribir lo que antes se decía “a medias”. Y se conjuga una masa discursiva, un archivo y un agenciamiento colectivo de enunciación a partir de una tecnología de lo escrito que permite consolidarlo. Esto es clave: un *permiso* cultural a partir de una configuración política y tecnológica de la escritura.

Y a la vez, esa desestabilización de la frontera entre oral y escrito abre nuevas modulaciones de los tonos y los énfasis (singularmente relevante para estos enunciados exasperados, donde el insulto es un elemento central). Lo performático: *el gesto y la voz*; eso es lo que encuentra una nueva expresividad en la escritura electrónica. Allí se juega lo que podemos llamar “campos de resonancia” de lo escrito: modos de interfaz entre la escritura y el rumor social, el murmullo de las voces que encuentra aquí una línea de pasaje nueva a la escritura.